

Carta al Jurado del Premio Nacional de Periodismo de Chile

A continuación, periodistas de toda América Latina relatan por qué Mónica González merece ser reconocida con este premio:

Marcela Turati, México:

La primera vez que Mónica vino a México nos dijo que nos veía con las alas cortadas, y ella impulsó a un grupo de periodistas que fundamos Periodistas de a Pie y que luego dio retoños en otras redes locales de periodistas organizados. No perdimos el contacto desde 2008, cuando la descubrimos gracias a que nuestros colegas de Consejo de Redacción (Colombia) nos dijeron que habían tomado uno de los mejores talleres de su vida. Y era con ella.

Ella nos enseñó que más que perseguir a un funcionario que cometa un ilícito debíamos de buscar los mecanismos de la corrupción o del horror, cómo opera, desde dónde lo protegen, quiénes se beneficia, cómo se financia. Ese fue un aprendizaje de vida.

Durante los años más duros que hemos vivido de violencia, y con tantos colegas asesinados y desaparecidos, ella siempre nos ha acompañado. Es la primera en escribirnos, en apoyarnos, en proponerse para venir a México, en alentar a otros periodistas del mundo para hacer una misión de investigación de tanta muertes, en alzar la voz en foros internacionales, en cobijarnos y enseñarnos con su ejemplo de cómo sobrevivió en la dictadura, cómo nunca claudicó, y sabemos -no por ella, porque es muy modesta- el precio personal que ha pagado por ello.

En esta nuestra larga noche terrible ella nos ha acompañado. Ha hablado en voz alta cuando otros no pueden. Ha cuestionado, desde los foros del periodismo, lo que otros no pueden.

Su cobijo ha ido más lejos. Cuando algunos periodistas mexicanos han tenido que salir para salvar sus vidas ella los ha acogido, ha reparado esas alas rotas, los ha fortalecido para que sigan reportando, y el tiempo que pueden pasar en Chile ha logrado que la experiencia sea menos dolorosa.

Mónica es un faro para nosotros en todo el continente. Es una guía. Es la carta de navegación. Es nuestra maestra. Toca la vida de quienes hemos tenido la fortuna de ser sus alumnos. Nos hace también cuestionarnos nuestra profesión, los sacrificios que supone, por qué hacemos los que hacemos, para quiénes hacemos este trabajo, por qué nos consideran un contrapeso de todos los poderes y la tarea que tenemos enfrente si queremos ser verdaderos periodistas.

Mónica tiene una voz universal. No sólo ha causado impacto en Chile, la seguimos en toda Iberoamérica.

Todos los periodistas de investigación que conozco en algún momento hemos soñado con trabajar en CIPER que es nuestro referente de los alcances que tiene el periodismo de investigación, riguroso, con pasión, con método, independiente y que tiene claro que su trabajo es para defender a la gente, para informarla de lo que desde el poder se oculta. Ese carisma sólo lo puede dar su fundadora, es su hechura, es una extensión de los valores que siempre ha defendido a lo largo de su carrera.

No por nada siempre fantaseamos en que CIPER abra pasantías para periodistas de investigación de toda Latinoamérica. Soñamos en que reciba tantos fondos como sea posible para todos pasar temporadas de investigación en CIPER aprendiendo lo mejor del periodismo. O cuando aterrizamos en la realidad pensamos en crear otras redacciones CIPER en otros países latinoamericanos. Mónica nos ha marcado. Como periodista, como persona, como amiga, como maestra.

Cómo no añorarla leyendo sus andanzas, sabiendo que cuando era joven y cuando estaba prohibido tocar al dictador, ella se las ingenió para meterse a su residencia, para describir a los chilenos cómo son esos espejos que tenía en el baño, y tanto lujo en medio de una crisis económica.

Cómo no desear aprender de ella, y considerarla Maestra, con mayúsculas, si ella investigó hasta donde pudo de las atrocidades que no se podían publicar, y mucho menos investigar, durante la dictadura. Osadía que le costó torturas, exilios, sacrificios personales y enterrar a otros que investigaban con ella.

Cómo no considerar que merece todos los premios del mundo si con su presencia sigue hablando por los periodistas perseguidos. Si aún cuando llega a estar cargada de trabajo, en medio de alguna crisis detonada por alguno de los reportajes de CIPER, o incluso cuando llega a enfermar, ella viaja a donde la inviten, lo mismo a Ciudad Juárez que a Bogotá o San Salvador, movida por esa convicción de nutrir de las nuevas generaciones con los secretos del buen periodismo, ese que no se vende, ese que no es estruendoso, ese que se hace con trabajo Que dura la vida entera.

Cómo no apoyar esa candidatura y postular a Mónica para este y todos los premios posibles del periodismo si ella ha sido amiga entrañable, compañera de causa, y ha llorado con los periodistas mexicanos los asesinatos de colegas y amigos entrañables como lo era Javier Valdez, nuestro cronista más valiente, asesinado por narcotraficantes hace dos años.

Si es la primera en convocar a acciones internacionales en defensa del periodismo en todo el mundo y de los periodistas indefensos. En defensa de la profesión contra cualquier intento de silenciamiento. No entiendo cómo se le ha negado ese premio a ella que, no nos queda duda, es la periodista que formó al equipo que es el referente del periodismo de investigación que se hace en Chile para todas las redacciones latinoamericanas. Ese periodismo vigoroso, vibrante, que mece e impacta estructuras, que nos emociona, con el que vibramos.

Tiene alumnos regados por el mundo. Sus talleres te hacen cuestionarte todo, incluso si sirves para este oficio. Y cuando sales de esas dudas existenciales y regresas vuelves con más claridad del sentido de lo que hacemos, de para qué hacerlo, de qué buscar, de qué tipo de periodismo es el que vale la pena.

Mónica no es mexicana, es una pena. Pero sabemos que es patrimonio universal. Que su vida es enseñanza. Que es un ícono del periodismo. Que es maestra universal. Que es una de las grandes que nunca habíamos pensado conocer pero ella es tan sencilla y tan apasionada del oficio que acepta los talleres que le proponemos así sea en los confines del mundo porque quiere sembrar la semilla del buen periodismo que solo unos pocos poseen y comparten. Y muy pocos tan generosos como ella ha sido.

Gina Morelo, Colombia

¿Cómo investigar el poder en América Latina? La pregunta, abrumadora, nos la respondió a lo largo de una semana, en mayo de 2009, la maestra Mónica González. Las lecciones que habríamos de recibir allí el grupo de periodistas de la región que tuvimos la fortuna de ser seleccionados por la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI) para tomar el taller, sería decisiva para nuestras trayectorias profesionales. En adelante, Mónica González sería faro, una guía inigualable, una mujer periodista admirable.

Su forma de compartir sus experiencias, poderosas lecciones de periodismo, es particular. No temo a equivocarme cuando califico sus clínicas periodísticas en las que se acerca y le toma el pulso a las angustias y deseos de seguir en este oficio, como algo único. Pasar por uno de esos espacios permite dialogar y comprender directa y profundamente la humanidad de este oficio, porque ella no ahorra palabras para develarnos los secretos del mismo con tanta pasión como humildad.

Con esa misma humildad siempre está disponible para mirarnos a los ojos y seguirnos inspirando, para hablarnos con respeto y claridad cada vez que es necesario, para seguirnos enseñando en los tantos espacios colectivos que los periodistas de América Latina creamos y empujamos de la mano de una maestra como ella. Nos acompañó en el Encuentro de Periodismo de Investigación de Consejo de Redacción, organización que promueve el Periodismo de Investigación en Colombia, en varias ocasiones, para nutrirnos con su experiencia. Sus frases y exposiciones sobre cómo abordar gruesas coberturas sobre la violencia, la corrupción y el crimen organizado, hacen parte de varias de nuestras guías y manuales periodísticos que son consultados en escuelas de formación y universidades de mi país, con devoción y fascinación.

De la misma forma todo su trabajo en Ciper es escuela en la distancia para quienes navegamos en las tempestades periodísticas en otros lugares y para las nuevas generaciones a las que lo primero que les recomendamos es ir al Centro de Investigación Periodística de Chile para aprender más y más. El periodismo de Latinoamérica ilumina gracias a ese medio independiente que la maestra creó para ser un contrapoder en su país y que se ha convertido en referente del mejor periodismo en la región.

Mónica González, maestra del periodismo, ha dejado una profunda huella en varias generaciones de periodistas de América Latina, y hablo en particular de un grupo maravilloso de Colombia, México y El Salvador, porque compartimos preocupaciones y dolores que nos han juntado para atrevernos a tocar a su puerta más de lo necesario cada vez que un dilema profesional, ético y personal nos asalta. Porque hallamos en ella sabiduría y discernimiento.

Nuestro conflicto en Colombia, uno inacabado, nos ha dejado aniquilados a muchos periodistas, siempre con más preguntas que respuestas. Así, quebrados, hemos acudido a Mónica para desbaratarnos en lágrimas y para recomponer nuestras costuras de la mano de una mujer entrañable y buena, de una periodista corajuda. Disculpen si el tono puede sonar personal, pero mi vida profesional como la de varios colegas colombianos, marcada por el dolor de habernos levantado en un lugar convulso y enrevesado, ha hallado respuestas para continuar en las palabras, recomendaciones y revisiones que ha hecho Mónica González de la práctica que hacemos del oficio.

Solidaria, comprometida, humana. Esa es ella. Una mujer periodista dispuesta a compartir siempre. Y eso, en esencia, tiene peso y valor. Por todo ello, no podría menos que merecer el Premio, porque ha entregado su vida por un oficio que es luz para su país y para muchos de nosotros en la región.

Hugo Alconada Mon, Argentina:

Conocí a Mónica González Mujica hace unos cuantos años, ya. Y de inmediato sentí su presión. La mejor de las presiones posibles para un periodista.

Me miró a los ojos, como a ella le gusta, y me desafió: “Hay que investigar al poder”.

Desde entonces, cada vez que nos encontramos en algún punto de América Latina, ella actúa como la voz de mi conciencia, obligándome a investigar más y mejor para exponer el entramado de corrupción e impunidad sistémica que azota al hemisferio.

Sé -y puedo dar fe de ello- que ella también es la voz de la conciencia de tantísimos otros colegas a los que sugiere, alienta y exige que honren este oficio, investigando, verificando e informando a la ciudadanía.

Ustedes conocen su currículum vitae mejor que yo.

Saben de su trayectoria, de sus premios y de su personalidad.

Saben todo lo que ha hecho por el periodismo chileno y de todo el continente.

Saben de su trabajo como miembro del Consejo Rector de la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI).

Ustedes saben todo lo ha hecho y dado por un Chile mejor.

¿Es Mónica una colega de personalidad sencilla?

No. Y no necesitan que se los diga.

¿Es Mónica desafiante y por momentos, incluso, agotadora?

Sí. Y tampoco necesitan que se los diga.

Pero es precisamente ese tipo de periodistas el que todos deseamos tener en nuestras redacciones y en nuestros países. Porque solo unos pocos nos desafían a ser mejores.

“El poder está muy tóxico”, me dijo en 2017, cuando la entrevisté para el canal de televisión del diario argentino LA NACIÓN.

Grabamos aquella entrevista en el corazón de la redacción y resultó un momento mágico. Porque nuestra redacción es bulliciosa y frenética como cualquier redacción que se precie de tal. Pero en cuanto ella comenzó a hablar, comenzó a expandirse un silencio de respeto y escucha activa. Porque los periodistas, a veces, detectamos lo auténtico y valioso.

Y honrar a Mónica González Mujica con este premio es una forma, también, de honrar a este vilipendiado oficio que amamos a través de una referente que nos interpela. Tal y como la voz de nuestra conciencia. Que así sea.

Rodrigo Soberanes, México

Mónica González le mostró el camino a miles de periodistas en América Latina y el mundo. Básicamente se sometió ella sola a peligros indecibles, sobrevivió, exhibió a una de las peores dictaduras que se recuerdan y después dedicó sus fuerzas a enseñar cómo lo hizo, además de seguir “remeciendo Chile” (por el lema de CIPER) con sus investigaciones.

Alguna vez dijo en una entrevista que de no ser periodista, le hubiera gustado ser fiscal. Pues lo ha sido y lo es, desde el periodismo, y con más fuerza. Su trabajo ha ayudado a hacer que Chile tenga una sociedad mejor. Claramente ha ayudado a que su país sea más democrático.

Muchos periodistas ahí y en más países (en México es muy, muy notable) se atreven más y trabajan con su método, haciendo línea de tiempo, reconstruyendo, peinando todo el contexto que rodea a los hechos que se investigan, haciendo inteligencia. Trabajando sin descanso hasta descubrir lo que se busca.

Es una de las palabras que más las escuché decir: “descubrir”.

En tiempos recientes las dictaduras de América Latina esparcieron la oscuridad en muchos rincones. El efecto de las enseñanzas de Mónica González ha ayudado a poner luz en esos rincones. Ha sido contrapeso de poderes inmensos.

Su influencia positiva es muy grande, imposible de medir. Se merece el premio nacional de periodismo y todo el cariño de parte de sus colegas y ciudadanos de Chile.

Hinde Pomeraniec, Argentina

Conozco a Mónica González desde hace mucho tiempo; tuve el privilegio de trabajar con ella por años a la distancia (Mónica era la corresponsal de Clarín en Santiago y yo era una de las editoras de la sección El Mundo de ese diario) y pude también -afortunadamente para mí- trabajar también con ella codo a codo en terreno, cubriendo eventos clave como la muerte de Pinochet y las primeras elecciones generales que ganó Sebastián Piñera.

Cuando comenzamos a trabajar juntas yo ya sabía quién era ella porque en mi país ya éramos muchos los que sabíamos que se trataba de una de las periodistas más relevantes de América latina, una investigadora rigurosa y una escritora elegante y, además, una gran docente y formadora cabal de grandes equipos de trabajo. De hecho, si bien no hay un premio equivalente al Premio Nacional de Periodismo en mi país, entre los reconocimientos que sí existen en Argentina justamente Mónica ya fue elegida en 2017 como Premio Konex Mercosur de la década, lo que junto con otros grandes

galardones que le fueron otorgados durante estos años en todo el mundo confirma su lugar como embajadora del mejor periodismo por la dimensión de su tarea más allá de las fronteras chilenas.

Cerca suyo en el trabajo y en la vida pude más tarde disfrutar además otras facetas de su personalidad, como la generosidad absoluta a la hora de compartir con sus colegas sus conocimientos y su agenda, además de habilitar siempre espacios de trabajo para quienes estábamos de paso, lo que confirma que Mónica es una personalidad única.

Me gustaría insistir en esto porque el nuestro es un oficio cada vez más cercado por la confusión acerca de nuestra propia relevancia en el circuito de la información: Mónica González nunca dudó en aportar un dato o compartir un contacto con un periodista extranjero que llegaba a Chile para hacer su cobertura sino que, por el contrario, siempre se comprometió a la hora de facilitarnos la tarea, lejos de toda veleidad o arrogancia que, por otra parte, hasta podría haber estado justificada teniendo en cuenta sus méritos y su experiencia.

Su compromiso con la verdad y con la historia son indiscutibles, sus investigaciones sobre el poder son un permanente ejemplo para todos los que creemos en un periodismo que contempla la tarea de divulgación de información fehaciente, el análisis de la noticia y el servicio para colaborar con la construcción de una sociedad mejor.

Su trayectoria como redactora, editora, autora de enormes libros, analista aguda de la política de su país y de la región para la televisión chilena y también para la TV extranjera; su creatividad para diseñar proyectos y su capacidad inagotable para llevarlos adelante, su rol como docente en la Fundación Nuevo Periodismo y su incomparable talento para formar grandes redacciones han convertido a Mónica en una de las colegas más respetadas del continente.

Por todo esto, por la admiración y respeto que tenemos por su trayectoria y por el inmenso amor que sentimos por ella, sé que somos muchos quienes consideramos que Mónica González es la profesional indiscutida para recibir en esta oportunidad el Premio Nacional de Periodismo de su país.

Cristian Alarcón, Argentina-Chile

El último libro que leyó mi abuelo Isaías poco antes de morir en el sur de Chile fue *La Conjura*, de Mónica González. Isaías era un obrero metalúrgico que leía como un condenado, sobre todo novelas policiales, de misterio y *cowboys*, en esa colección de pequeños ejemplares amarillos que abundaban en la casa de La Unión. Isaías me había iniciado en la lectura de muy niño. Primero compartía sus propios libros conmigo, luego las revistas que circulaban en bolsas nylon, envueltas en papel madera, disfrazadas para que nadie las fuera a distinguir: entre ellas *Análisis* y *Cauce*. En esas revista escribía Mónica González, allí mostró los dientes afilados de la cazadora que sería toda su carrera periodística. Ni la cárcel ni las amenazas ni la censura la harían parar. Su decisión de hacer periodismo y de contar lo que molestaría al poder era más fuerte. Su persistencia era su mejor aliada.

En esta argumentación a favor de que a González le sea entregado el premio nacional de periodismo cuento la anécdota de un obrero porque ilustra la importancia y masividad de su legado periodístico. Su propio padre obrero hubiera leído ese libro, y todo el acervo que deja en décadas entregadas al oficio de mostrar la realidad, volverla palpable, hacerla evidente. Quienes alcanzamos a escuchar en

casetes pirateados “*Chile, entre el dolor y la esperanza*”, el mosaico de voces que ilustra las postrimerías del golpe de estado y su acometimiento, comprendemos tantos años más tarde que aquel trabajo que hizo junto a Patricia Verdugo –justa ganadora de este premio- fue de vanguardia: hoy los llaman podcast y abren el camino de un nuevo periodismo en todo el mundo. Como lo fueron las entrevistas y las crónicas tan rigurosamente investigadas, que con escritura urgente y elegante, despachó durante la más triste etapa de la historia chilena y después.

Mónica González podría haber descansado durante la democracia en los laureles que su trabajo durante la dictadura le significaban en Chile y en el mundo. Ganadora de casi todos los premios internacionales de relevancia, se dedicó a fundar medios de comunicación, a formar nuevas generaciones de periodistas de investigación y junto a esos jóvenes a publicar investigaciones que siguieron remeciendo el poder. No distinguió jamás entre unos y otros bandos políticos: funcionarios y empresarios de todos los colores sintieron caer su mirada implacable sobre cuentas falsas y entuertos, trampas y engaños, estafas e injusticias. No hubo amistad, vecindad o simpatía que doblgaran su única intención: que el periodismo sea verdad ciudadana, realidad insoslayable, punción en la pus.

Reconocer a Mónica González con el premio nacional de periodismo es una deuda histórica en Chile. Homenajear su trabajo incansable, persistente, inteligente, sería honrar la más real de las verdades.

Daniel Moreno, México

Mónica González es una maestra indispensable para los periodistas de América Latina. Y una maestra en el sentido más pleno de la palabra: Sus libros, sus reportajes son la mejor suma de profundidad, rigor y ética y una auténtica guía para quienes hacemos periodismo en América Latina.

El impacto de su trabajo, las consecuencias legales, políticas y sociales, por si fuera poco, se ha sentido en Chile y en el resto de nuestra región.

Ella nos ha enseñado a investigar al poder, no solo político, sino además económico. Nos ha mostrado el camino para mantener la distancia con ese poder y apostar siempre por el servicio al lector.

Yo he tenido la suerte de conocerla, de escucharla y de aprender de ella. Pero la mera lectura de sus textos ya sería suficiente para recibir un curso completo de metodología y ética.

Su libro *La Conjura* es, sin duda, de los mejores que puede uno leer sobre el golpe militar en Chile, pero no solo importa por el tema, sino por su escritura, por la manera en la que lo aborda y el manejo de fuentes y documentos. Lo que ha escrito y editado en CIPER es de las mejores revelaciones sobre corrupción y abuso del poder que puede uno leer en el continente.

Por eso insisto que es una maestra en el sentido más pleno de la palabra.

Quien la conoce sabe que, además, entre sus virtudes profesionales está su generosidad para compartir. Solo en México, la hemos visto enseñar periodismo con pasión en la Ciudad de México, pero también en ciudades tan alejadas del centro de la República como Ciudad Juárez, por solo mencionar dos ejemplos.

Por todo eso, estoy convencido que honrar a Mónica con el premio es reconocer su labor de tantos años y también un estímulo para el buen periodismo de América Latina.

Ignacio Rodríguez Reyna, México

Conozco a Mónica González desde hace unos 20 años, cuando en varios países de Latinoamérica estábamos tratando de encontrar la ruta para hacer investigaciones periodísticas sólidas, de calidad. Ella ya las hacía. Las hacía a riesgo de su vida, de su integridad física. Las hacía porque entendía el compromiso social del periodismo y lo ejecutaba sin limitaciones. Ni la turbia amenaza de la cárcel, la tortura y los ataques la detenían.

Sus reportajes en plena dictadura, cuando Chile vivía sumido en las horas más oscuras de la desesperanza, con el dolor oculto por el temor a la ira de la botas, son no sólo la prueba más acabada de su calidad y su arrojo como periodista, sino una muestra de humanidad, de amor por ese prójimo que se encontraba golpeado y asustado.

Sólo una periodista como Mónica podría haber cumplido con el desafío, escondiendo el natural miedo entre sus palabras y sus textos. La prensa de la época, agachada, indigna, parte activa de la conjura, vivía sus peores horas. Si no hubiese sido por Mónica y un grupo de colegas como ella, la sociedad chilena habría quedado a oscuras por completa. Mónica representó esa pequeña luz

Y qué decir de su aportación al retorno de la vida en democracia. Su talento, la inspiración, el entusiasmo que contagió a quienes se sumaron a ella en el Centro de Investigaciones Periodísticas de Chile, son un modelo de compromiso profesional.

Mónica es un torrente, una fuerza, un torbellino de grandeza. Su aportación al periodismo chileno y al de toda Latinoamérica es invaluable. Ella lo ha mejorado, de una u otra forma, quizá sin saberlo.

Honrarla con la distinción del Premio Nacional de Periodismo de Chile sería más que merecido, sería honrar el mejor y más brillante rostro de la humanidad.

Monica Almeida, Ecuador

Mónica González es la periodista maestra por excelencia, un ejemplo para muchos de sus colegas en el continente. La independencia del periodismo frente al poder, el rol que cada uno de nosotros juega en nuestras sociedades, la orilla desde la que debemos observar lo que nos rodea, el compromiso que adquirimos para defender los derechos humanos y dar voz a los que no la tienen... todo eso ha sido el camino que esta periodista chilena nos ha enseñado a lo largo de su carrera.

Maestra y compañera, siempre estará dispuesta a dar un consejo o a ayudar a cualquier periodista que enfrente dilemas profesionales o éticos. Mónica es ese ser que siempre nos extenderá la mano para guiarnos en las vicisitudes de la profesión. Un verdadero ejemplo para todos.

Gustavo Gorriti, Perú

Era 1988 y la Fundación Nieman, de la universidad Harvard, iba a entregar el premio Louis Lyons que se otorga anualmente a un o una periodista en el mundo por la "conciencia e integridad" de su trabajo. La galardonada ese año era una periodista chilena: Mónica González, que llegaba, hasta donde sabíamos, por primera vez a Boston. Arribaba con el tiempo justo – el problema había sido salir– y me pidieron que fuera a esperarla al aeropuerto, no se nos fuera a perder.

Llegó antes que yo al aeropuerto y a la ceremonia y ahí la conocí, sabiendo ya que Mónica nunca se nos pierde. Han pasado muchos años desde esa tarde hermosa, en el jardín de la Nieman, pero la imagen permanece en la memoria por la fuerza de su significado. Rodeada por sus pares del mundo, Mónica recibía feliz el homenaje de quienes la habían elegido por su extraordinario coraje e inteligencia para producir un periodismo excepcional en condiciones adversas. Era una pequeña isla de tiempo en aquella época oscura y, dentro de la sobriedad emocional que contagia Boston, todos celebramos el homenaje a lo realizado y la callada esperanza de encuentros en mejores futuros.

Los hubo, por fortuna, pero no fueron presentes descansados para Mónica. Ustedes conocen bien la calidad de su periodismo desde entonces, pero quizá valga la pena que yo mencione algunos de los aspectos en los que la contribución de Mónica pudiera no ser lo suficientemente conocida en Chile.

Lo primero, y ya lo habrán leído en los testimonios de varios de mis colegas, es su realmente invaluable protagonismo en defender a periodistas latinoamericanos en situaciones de riesgo o, peor, de peligro. En darles aliento y fuerza de ánimo en circunstancias de incertidumbre; en poner contra las cuerdas a altos funcionarios de gobiernos latinoamericanos por no proteger adecuadamente a los periodistas o por hostigarlos. He visto a ministros pagados de sí mismos y de su poder, pasar por un visible fruncimiento de vísceras ante el baño de ácido que suponían las inesquivables preguntas de Mónica.

Lo segundo fue su esfuerzo pionero por abrir nuevos caminos al periodismo de investigación en los tiempos de crisis de fines del siglo pasado y comienzos del presente. Para los periodistas latinoamericanos, CIPER fue un esfuerzo fundacional que abrió nuevos caminos cuando los anteriores se cerraban. Los medios digitales de periodismo de investigación que hoy juegan un papel fundamental en el periodismo latinoamericano, tuvieron en CIPER un claro referente y guía y en Mónica al ejemplo verdaderamente carismático de cómo un pasado hazañoso podía encontrar un futuro promisorio.

Mónica González merece, como pocos periodistas en Latinoamérica, que su ilustre trayectoria sea honrada por sus grandes contribuciones al periodismo libre, a la democracia; y por el temple y la inteligencia que fueron indispensables para lograrlas.
